en idioma reservado á pocos, y cuando la traducción está hecha verdaderamente á conciencia.

Y en este caso se encuentra el libro del Sr. Rodríguez Navas, quien demuestra conocer el latín tan bien como el castellano.

Bien es verdad que, según mis noticias, posteriores á la lectura del libro, el traductor es un filósofo competentísimo, que ha recibido en diversas ocasiones los más lisonjeros plácemes de eminentes personalidades literarias.

Titulo estas líneas «hallazgo literario», y creo acertado el título.

Por lo menos para mí lo ha sido, y sospecho que serán bastantes los que se encuentren en el mismo caso, los cuales, si son verdaderos *amateurs*, me agradecerán seguramente estas noticias.

JUAN DE TERÁN

SEVILLA Y NOGALES

Sevilla ha festejado al ya célebre autor de *Las tres cosas del tío Juan*, con un banquete. Digno de Sevilla y del castizo escritor, no hay que decir que en él ha reinado la alegría y brillado el ingenio.

En prueba de ello, y por ser como resumen de la agradable fiesta, á continuación reproducimos el intencionado soneto dedicado á Nogales por el ilustre literato hispalense D. Francisco Rodríguez Marín, hijo predilecto de las musas, aunque aquí, en la corte, se crea que no es más que uno de tantos Rodríguez provincianos.

A Pepe Nogales.

(SONETO QUE NADA TIENE DE IMPROVISADO)

Antiguo camarada, ¿conque es cierto?
¿Conque te han descubierto, amigo mío?
¿Quién fué el Colón? ¿Madrid...? ¡Pues *giuro Dio*
Que ha tres lustros que estabas descubierto!

Aquí toda provincia es un desierto;
¡Solo Madrid ostenta el señorío!
¿Llegó tu fuerza al Manzanares, *río?*
Rióme entonces yo del mejor puerto.

Eras plata acendrada, y no valiste;
Eras oro escondido, y no brillaste.
Aquí bien que brillabas, pero, ¡ay triste!

¿Que fuiste? ¿Que valiste? ¿Que ganaste?
Duélome yo del tiempo que perdiste:
¡Que sólo está en Madrid el fiel contraste!

No caben en *catorce versos* mayor elogio ni más amarga ironía. Verdad que quien los ha rimado es sevillano y poeta.

EFEMÉRIDES LITERARIAS

VOLTAIRE

Nació en Chatenay á 20 de Febrero de 1694.
Murió en París á 30 de Mayo de 1778.

Voltaire, cuyo verdadero nombre era Francisco María Arouet, fué uno de los más colosales genios de la humanidad. Su figura fué la de un verdadero dictador del mundo.

Desde muy niño reveló excepcionales aptitudes, siendo *objeto de general admiración por su aprovechamiento y* por la notable corrección de sus primeros trabajos, que le valieron los más honrosos premios y toda clase de privilegios y consideraciones; lo cual contribuyó poderosamente á ensoberbecer más y más su espíritu altanero, hasta que declarándose, bien pronto, con capacidad bastante para gobernarse por sí solo, pretendió usar de ilimitada independencia, entregándose á la vida libertina de disipación y empleando sus mejores años en orgías y devaneos.

Los triunfos literarios que le alcanzaron sus ensayos de estudiante, decidiéronle, contra la voluntad de su familia, á dedicarse al cultivo de las Bellas Letras, pero, más adelante, estudió con afán la Historia, la Filosofía y el Derecho, brillando como poeta, como historiador, como filósofo y como estadista, escribiendo obras imperecederas y manteniendo correspondencia epistolar con casi todos los soberanos de Europa.

Dotado de prodigiosa flexibilidad de espíritu, que le permitió cultivar los géneros más opuestos y amoldarse á los más encontrados estilos, la literatura francesa le debe la gloria de muchas de sus mejores obras. *La Enriada*, único poema nacional de la Francia moderna; *Zaira* y *Mahoma*, verdaderos modelos de tragedias; los *Discursos sobre el hombre*, que no tienen igual en el campo de la poesía didáctica y filosófica; *Zadig* y *Cándido*, admirables novelas, y otras muchas producciones, como el *Siglo de Luis XIV* y los *Anales del Imperio*, históricas; *Pobre diablo* y *Cartas sobre los ingleses*, satíricas; y *El Filósofo ignorante* y el tratado *Del alma*, filosóficas, son la mejor prueba del colosal y portentoso genio de *Voltaire*.

Pero si es digno del mayor elogio como historiador, como literato y como poeta, pesa sobre él, en cambio, la inmensa responsabilidad de haberse puesto al servicio de una filosofía disolvente y deletérea, que cuando se intentó llevar á la práctica fué causa de grandes crímenes y perdurables horrores.

Además, como hombre, se manifestó desde muy joven irascible en extremo, soberbio, independiente y vengativo á veces: fustigando lo mismo, con sátira burlona, al soberano que le protegía, que al más modesto de sus enemigos, lo cual le valió interminables persecuciones y destierros.

Poco antes de su muerte, y después de larga ausencia, regresó á París, donde se le tributaron entusiastastas ovaciones, firmando, ya en el lecho del dolor, una declaración que decía así: *Muero amando á Dios y á mis amigos, y detestando la superstición.*

Su cadáver no fué admitido en ninguno de los cementerios de París, siendo depositado en la abadía de Scellieres, de donde sus restos fueron más tarde trasladados solemnemente al Panteón, hasta que en 1814, mezclados con los de Rousseau, se enterraron en un extremo de la ciudad.

V. A. L.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Hemos recibido la novela de nuestro colaborador don José de Elola, titulada *La Prima Juana*. De esta obra, como de *Diálogos fantásticos*, del Sr. Martínez Sierra, y de *Cantos sin eco*, de D. Salvador González Anaya, nos ocuparemos en breve. No lo hacemos hoy por falta de tiempo y de espacio.

***

Se ha puesto á la venta el precioso drama de nuestro querido colaborador D. Aureliano de Beruete y Moret, titulado *Entre rocas*, que fué estrenado en el pasado mes con gran éxito en el teatro Español.

LAS OLAS

Cual copiosa bandada de cisnes,
que en un lago tranquilo se mueven
y nadando se esconden, se alejan
y de vista mil veces se pierden;
algo así me parecen las olas
que en el piélago inmenso aparecen,
y al besarse con ímpetu, hacen
que sus crestas corone la nieve.

A. G. CHACED

TEATROS

Comedia.—FEDORA, *drama en cuatro actos, de Victoriano Sardou, arreglado para su representación en la escena española por los Sres. Francos Rodríguez y González Llana.*

Fuera de razón, y hasta ridículo, sería hacer hoy la crítica de *Fedora*, obra estrenada hace ya bastante tiempo y dada á conocer en Madrid en años anteriores por las compañías de dos eminentes actrices extranjeras.

Gracias á los Sres. Francos Rodríguez y González Llana, que han hecho un discretísimo arreglo del drama, ha podido ahora el público madrileño apreciarle debidamente, dando de lado, pues que no se trataba de un estreno, á lo que de criticable pueda haber en lo artificioso de la trama, y á la gran cantidad de cartas que tan importante papel juegan en su desarrollo.

Correspondieron los honores de la representación al señor Thuillier, que estuvo inmejorable en la escena en que Fedora lee la carta de Vanda, y tuvo otros muchos y felicísimos momentos en el resto de la obra.

De la señora Pino, ya han dicho los que se precian de enterados, que sólo por deferencia á la empresa se encargó del papel de Fedora, que ella misma consideraba superior á sus fuerzas; y siendo esto así, injusto sería juzgarla demasiado severamente, y más aún teniendo en cuenta la mucha diferencia que hay entre Fedora y los papelitos que hasta hace bien poco desempeñaba en Lara y lo trabajoso que debe haberle sido el trasplante de este teatro al de la Comedia.

Y dicho esto, confesemos que no defraudó la bella é inteligente actriz las esperanzas del público; que hizo su papel muy discretamente, y que si algo pecó, pecó por omisión; y preferible nos parece en este caso, y aunque lo contrario sea lo comunmente dicho, pecar por carta de menos que por carta de más.

La señora Suárez muy bien, y mucho y muy merecidamente aplaudida en una de sus escenas. Donato Jiménez no pudo hacer grandes cosas, dado lo poco lucido de su papel, y todos los demás artistas contribuyeron al buen conjunto.

Los autores del arreglo hicieron saber al público, por mediación del Sr. Thuillier, que no se consideraban dignos de salir á escena. Desgraciadamente, no pasó esto de ser una opinión suya y una de tantas buenas intenciones de que está empedrado el infierno. Los señores de la galería se empeñaron en que salieran, y salieron.

Y para terminar, un aplauso al Sr. Thuillier como director de escena por el desembarazo, y esta es opinión debida á persona peritísima, con que los personajes se mueven en el acto primero.

***

Princesa.—LA MAMÁ CHICA.—*Comedia francesa, original de Mr. Jules Lemaitre, arreglada á la escena española por D. Enrique Gaspar.*

Hace ya quince años, publicó Lemaitre, el gran crítico francés, un precioso cuento, titulado «L'Aînée», en el que exponía, con grande habilidad y conocimiento de las costumbres, el carácter de una pobre muchacha, Lía, la mayor de nueve hermanas, que llega á los treinta años sin haber conseguido encontrar marido, y no por falta de hermosura física ó moral, ciertamente, sino porque sus hermanas, coquetas é interesadas á cual más, burlando los sentimientos de ella, una se casa con el único hombre que á Lía ha logrado interesar, y cuando ésta, por recurso, y vencida su primera repugnancia, acepta el matrimonio con un viejo, su hermana pequeña encuentra aceptable el partido, le hace el amor y consigue que se case con ella. Todo esto, no por falta de afecto entre las hermanas, sino porque las excelentes cualidades de Lía y el cuidado y cariño que las pequeñas la merecen, hace que éstas la consideren como un ser aparte á quien es preciso amar, un ser superior á todos ellos y merecedor de todo su respeto, su segunda madre, *la mama chica*, que así la nombran. Otro tanto opinan los padres, ó por lo menos con sus actos lo demuestran, pues atentos sólo á lograr el casamiento de sus hijas, con quien quiera que sea, sin reparar en una ú otra, contribuyen pasivamente á la realización de estas verdaderas burlas, pícaramente conquistados por las autoras de ellas.

Y en estas condiciones colocados los personajes, después de múltiples accidentes l'Aînée se muere y sus hermanas no encuentran en el matrimonio la paz y ventura que esperaban, ni los padres consiguen, por lo tanto, ver realizado el fin que en su vida se habían propuesto; evidenciándose la insensatez de sus miras y la miseria de sus ridículas ideas.

Esta acción, que por sí sola constituye ya un argumento interesantísimo, con el único objeto, á nuestro modo de ver, de darla más fuerza de color y que se destaquen más y más los vicios y virtudes, las costumbres y los personajes, el autor, en lugar de presentarla en una familia burguesa cualquiera, ha retratado la de un pastor protestante, con lo cual, dada la escasez de ellos en los pueblos latinos, sus pasiones son más interesantes y sus sentimientos llaman más la atención, no obstante ser unas y otros los mismos que podemos observar constantemente en las personas que nos rodean; y por si algo faltaba, el personaje que representa el marido pensador, paciente y humilde, engañado por su mujer, es también un pastor joven con aquellos caracteres y merecedor de esta suerte por su falta de talento para evitar lo que necesariamente tiene que suceder, dada la condición humana.

La obra tiene, hay que reconocerlo, una lógica irrebatible.

Con el argumento del cuento que hemos expuesto, su autor ha escrito una hermosa comedia, con las únicas variaciones de ser en ella seis, en lugar de nueve, las hijas del pastor Petermann, y de encontrar la *mamá chica* un hombre honrado que la dé su nombre; y con la petición de su mano termina la obra. La acción se desarrolla tanto en al comedia como en el cuento, en Vieuchatel, Suiza.

Cuando se estrenó aquélla en París produjo gran discusión, y su autor hubo de publicarla con un prólogo explicando la idea que perseguía con su obra, que injustificadamente fué recibida por una pequeña parte del público y de la crítica con algún desagrado.

La adaptación que de ella ha hecho el Sr. Gaspar, es irroprochable, y si bien ha suprimido algunas escenas, que á nuestro público, de manga más estrecha que el francés, hubieran parecido exageradas para dichas en castellano, ha puesto en la obra para compensarnos todo su talento y toda la corrección de su pluma, que no es poner poco, siendo de lamentar que su forzosa permanencia en Nantes, donde creemos que se encuentra, no le permita escuchar los aplausos con que el público premia todas las noches su concienzudo trabajo.

El de la señora Tubau no hay que ponderarle, pues fué magistral, como suyo, y supo vencer todas las dificultades que en sí lleva el personaje alrededor del cual gira la obra. Nortes quizá exagerase un poco el suyo, pero estuvo á la altura de la directora, y nos gustó su labor; pudiendo decir otro tanto de la señorita Bremón, que si en el segundo acto se propuso que escuchásemos la voz y la manera de decir de María Guerrero, lo consiguió por completo; y no nos parecen mal las imitaciones hechas con talento, cuando el modelo lo es realmente y no se abusa de ellas. Bien Palanca y el resto de la compañía.

Pero, para otra vez, no sobrarán unos cuantos ensayos más, pues todos tuvieron alguna equivocación; así como tampoco serían inoportunos unos cuantos *zurciditos* en el piso de pizarra blanca y negra del segundo y cuarto acto. *Convenzzionale*, amigo, pero no tanto.

BORROSO Y D. ATILANO

EPIGRAMA

—¿Se casó al fin Trinidad?
—Sí.
—¿Con quién?
—Con Salvador.
—¿Y qué es él?
—Registrador.
—¿De qué? ¿De la propiedad?
—¡¡De bolsillos, que es mejor!!

JOSÉ MARÍA ORTIZ

La casa hoy preferida por las familias para comprar ropa blanca y géneros de punto es la de LOS DOCKS DE PARIS, y es la más predilecta entre las novias para sus ajuares de boda de 500 y 1.000 pesetas, que tanto llaman la atención del público. LOS DOCKS remitirán catálogo de equipos y canastillas á provincias, solicitándolo. — Puerta del Sol, 15.—Madrid.

CORRESPONDENCIA LITERARIA

P. M. y G.—Madrid.—No se puede publicar.
F. R. y R.—Madrid.—No sirve el soneto ni la instantánea.
R. de C. M.—Huelva.—Tampoco sirve.—Veremos otra cosa.
M. F. M.—Cozar.—No se puede publicar.
J. M. O.—Guadix.—Se publicará un epigrama.
Panchanfla.—Sus *Nimiedades* tienen cierta gracia, pero están mal rimadas.
A. O. V.—Madrid.—No sirve.
S. R. A.—Murcia,—Queda aceptado.
E. M. L.—Madrid.—El asunto es vulgar y la forma descuidada.
T. R. G.—Madrid.—Sus *Tristezas* no responden á su estilo. Envie usted algo cómico.
E. S. O.—Compostela.—Su *Provenzal* indica que puede usted hacer algo mejor.
S. D.-B. L.—Madrid.—Versifica usted bien. Envíe otra poesía que tenga más asunto.
J. B.—Las Palmas.—Se publicará por lo menos uno de sus trabajos.
A. M.—Zaragoza.—De no haber original excesivo, se insertará el cuento de usted en el número del lunes de Carnaval.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

D. A.—Córdoba.—Recibidas 1,50 pesetas en sellos. Abonada su suscripción hasta 30 Abril próximo.
A. R.—La Unión.—Recibida su carta orden; le abono en cuenta 90 céntimos.
J. G.—Valencia.—Le abono en cuenta 55 céntimos.
J. G.—Villagarcía.—Le abono en cuenta 1,40 pesetas.
G. B.—Segovia.—Le doy de alta como corresponsal y tomo nota de los ejemplares que desea.
F. U.—Mahón.—Recibida su carta; le doy de alta oomo corresponsal y tomo nota dc los ejemplares que desea.

No se devuelven los originales.

TIPOGRAFÍA MODERNA. Espíritu Santo, 18. MADRID

Folletín de LETRAS DE MOLDE 6

LA HIJASTRA DEL AMOR

POR

JACINTO OCTAVIO PICÓN

Clara dormía en un cuartito junto á la alcoba de sus padres, no tan lejano que pudiera Rafaela pasar por despegada, ni tan inmediato como debía exigirlo su cariño; pero si lloraba, antes había de oirla la criada que su madre. La vestían temprano, tomaba chocolate en la mesa de la cocina y comenzaba luego á jugar en los corredores, acabando siempre por bajarse al patio, donde la esperaban impacientes la chica del portero y el hijo del mozo de caballos. Juntos, en torno del brocal del pozo ó en los anchos escalones de piedra, empezaban sus diversiones sin que Rafaela se ocupase en ella, á no ser para amenazarla con azotes cúando cualquiera de los tres chiquillos alborotaba demasiado. A las dos venía Pablo á comer; la niña subía con las manitas sucias, el vestidillo arrugado, caídas las medias, pero contenta, sonriente, con hambre, fresca como una rosa y sin otrod eseo que concluir pronto para volverse al patio. Durante la tarde, continuaba con sus amiguitos saltando y divirtiéndose: unas veces corrían los tres chicos de extremo á extremo del patio, arrebatándose de entre las manos un trapo hecho muñeca ó un palo convertido en espada, otras jugaban á las mulas, y el hijo del mozo de cuadra ataba á las dos niñas con una soga, haciendo restallar la tralla de una fusta desechada del guardanés. Cuando arreciaba la gritería, Rafaela, desde arriba, gritaba ásperamente:

—¡El año que viene irás á la maestra!

A las ocho, después de cenar, la acostaban, y así transcurrían los días y los meses, sin que Clara recibiese de nadie mejor educación ni mayores muestras de cariño. Pablo, que apenas la veía, se contentaba con besarla de cuando en cuando, y el Conde, si alguna vez al salir á pie atravesaba el patio, temía pararse con ella, creyendo que sus mimos pudieran delatarle. Respecto á Rafaela, nadie hubiera creído que Clara fuese hija suya; su despego rayaba en indiferencia. Durante largas horas la niña permanecía en el patio expuesta á un tabardillo ó un catarro, sin que la echara de menos; salía y entraba en casa sin darla un beso; dejaba á la criada el cuidado de acostarla, y al entrar de improviso en su habitación, nunca la sorprendió nadie con la pequeñuela tendida en su regazo. Si Clara, á media tarde, sentía hambre, ella misma subía á coger del cajón de la cocina un mendrugo de pan; su madre jamás le daba de merendar; sus ropitas, macosidas ó rasgadas, atestiguaban del poco esmero que en ellas ponía quien tenía obligación de atenderla; botón caído, no se volvía á pegar; puntilla descosida, ella sola iba desprendiéndose poco á poco. Toda la vigilancia de Rafaela se limitaba á que la niña tuviera un traje nuevo para cuando la llevaba á alguna visita si Pablo no quería acompañarla, ó por si se empeñaba en sacarla á paseos domingueros hacia el Campo del Moro ó la casa de vacas de la Montaña del Príncipe Pío. Nunca pensó en cuidados más íntimos: ese conjunto de trapitos blancos, esmeradamente cosidos y guardados, que revelan juntamente á la madre cariñosa y la mujer trabajadora, esas mil pequeñeces inspiradas antes por el amor de quien las hace que en las necesidades de quien ha de usarlas, fueron cosas desconocidas para Rafaela. Algunas tardes, la niña subía del patio ronca de gritar ó con los pies húmedos de pasearse por los charcos; entonces su madre la reñía, zarandeándola cogida por un brazo, aturdiéndola los oídos con gritos y amenazas, pero no se preocupaba lo más mínimo de que la ronquera ó los zapatos, empapados en agua, pudieran ocasionarle una enfermedad que le costase la vida. Clara crecía como esas macetas lozanas y vigorosas abandonadas al extremo de un huerto. Afortunadamente su alma infantil no había llegado á sentir la necesidad del cariño; su vida se deslizaba entre los inquietos juegos del día y los profundos sueños de la noche, sin que su imaginación sospechase que hay madres que á deshora se levantan andando de puntillas para mirar en qué postura se han dormido sus hijos.

Luisa, la sobrina amparada por el Conde, tuvo suerte distinta, pero no más envidiable. El afecto de su tío se manifestó en una forma fría é indolente que estribaba en dejarla hacer cuanto quería. Desde que empezó á hablar, encargó á todos los de la casa que no la contrariasen, ni la hiciesen llorar, para que no atronara la casa con sus rabietas. Los juguetes, las golosinas, los trajecitos, estaban á su disposición: destrozaba y engullía cuanto se le antojaba. Pedro creía preferible cualquier molestia á escuchar continuamente el lloriqueo pertinaz de aquella criatura voluntariosa y rabiosilla. Su cuerpecito esbelto, pero muy flaco, su mirada vaga, perdida casi siempre, tenaz sólo al fijarse, sus palabras imperiosas, sus negaciones rotundas, hasta sus movimientos bruscos, indicaban un geniecito violento, no endulzado por el cariño ni domado por la severidad. Era enfermiza y débil: las transiciones bruscas de temperatura, el sentir frío al volver de paseo ya puesto el sol, el más ligero exceso en la alimentación, un merengue hurtado entre las comidas, bastaban para postrarla en su camita y traer revuelta la casa. Cuando esto sucedía, y era frecuente, los criados habían de ir según su antojo á hacerla compañía; amontonaba sobre la cama los juguetes, sacaba fuera de las mantas los bracitos, pedía cuanto era prudente negarla, se obstinaba en no tomar medicinas, y á la menor contrariedad se enfurecía y gritaba, agravando su estado con agitaciones nerviosas que la ponían en verdadero peligro. Entonces Pedro, que la oía chillar y desesperarse desde su despacho, salía tranquilamente abandonando el trabajo, no á imponerla correctivo, sino para decir únicamente:

—Dejadla, dejadla, que haga lo que quiera; con los chi-